

**La responsabilidad de los economistas (discurso de recepción del doctorado honoris causa en la Universidad Autónoma de Baja California) – Juan Ignacio Palacio Morena, Universidad de Castilla-La Mancha**

Excmo. Señor Rector, muy querido Alejandro Mungaray, excelentísimos y muy apreciados miembros de la Junta de Gobierno y del Patronato de la Universidad, ilustre y estimado director de la Facultad de Economía, David Ledezma, profesores y alumnos de la Facultad de Economía, demás miembros de la comunidad universitaria, amigos que habéis querido acompañarme en este acto, autoridades y miembros de la sociedad civil, es para mí un gran honor y una enorme satisfacción recibir este nombramiento de doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Baja California.

Junto al agradecimiento por tan generosa distinción, debo expresar mi compromiso con la Universidad que me inviste como doctor. Lo que he podido aportar durante mi trayectoria académica, desarrollada primero en Madrid, en la Universidad Complutense donde me titulé como licenciado y doctor en Ciencias Económicas, y posteriormente en la Universidad de Castilla-La Mancha, adonde pertenezco actualmente, es, en todo caso, fruto de numerosas ayudas y apoyos profesionales y personales. Sería demasiado

prolijo enumerar todos los que recuerdo, así que permítanme tan sólo que enumere algunos: los profesores que más influencia ejercieron en mi formación universitaria, los doctores Luis Angel Rojo, Julio Segura, Gonzalo Anes, Juan Velarde y José Luis García Delgado; mis compañeros de promoción, de Departamento y Facultad en la Universidad Complutense; los actuales compañeros y autoridades responsables de la Universidad de Castilla-La Mancha; mis padres y amigos más queridos que siempre me han apoyado. Entre ellos quisiera destacar al profesor García Delgado, que fue mi director de tesis doctoral, y al profesor Velarde, ambos han estado presentes en todos los pasos fundamentales de mi carrera académica.

En ese proceso siempre hubo una importante presencia latinoamericana, por los contactos que me proporcionaron las relaciones del Departamento de la Complutense con miembros de la CEPAL y profesores de distintas universidades latinoamericanas. Entre ellos Carlos Lessa, Armando de Filippo, Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel. Posteriormente tuve algunas estancias en la universidad de La Habana y en la Universidad San Francisco Javier de Sucre, Bolivia. La culminación de esas relaciones, y del sueño que siempre tuve de conocer la América latina, ha sido la fructífera y muy feliz colaboración con la Universidad que ahora me otorga este honor. Cuando en 1999 conocí al profesor Mungaray en la

mágica ciudad de Cuenca se inició una cooperación entre nuestras respectivas universidades que ha sido decisiva en mi vida académica de los últimos años y que espero lo siga siendo en el futuro. Gracias de verdad, de todo corazón, a todos los que me han ayudado en ese ya largo camino y muy particularmente a ustedes, miembros de la UABC, por este nombramiento que no es sino una gentileza extraordinaria entre las muchas que han tenido conmigo.

Como decía este acto no es para mí sólo motivo de agradecimiento, sino de compromiso. Y una forma de expresar ese compromiso es compartir con ustedes una reflexión sobre la responsabilidad que creo nos incumbe a los científicos y economistas en el panorama mundial actual, y en particular en lo que se refiere al papel que debe desempeñar la ciencia en la encrucijada en que se encuentra la humanidad.

Vivimos en una profunda contradicción. Cada vez estamos más convencidos de que tenemos medios para poder satisfacer completamente las necesidades humanas, reduciendo progresivamente el coto de necesidades insatisfechas. La tecnología, crecientemente perfeccionada por el avance científico, parece que puede conducir a superar cualquier obstáculo o impedimento subsistente en la naturaleza o en el pasado histórico de la humanidad. ¿Cómo extrañarse, ante esa creencia, de que se

proclame el fin de la historia, Fukuyama dixit? Pero este convencimiento se estrella contra la evidencia no ya de la muerte, que sería como el último reducto por vencer para el que también existen ya numerosas expectativas y promesas de superación, sino de la pervivencia de desastres, guerras, desigualdades e injusticias. Estas, con frecuencia, parecen tomar dimensiones hasta ahora nunca vistas e incluso se vislumbran amenazas cósmicas hasta ahora inimaginables: escapes radiactivos, impactos destructivos procedentes de desprendimientos cósmicos incontrolados o de la propia basura espacial creada por el hombre, epidemias de alcance mundial como la denominada gripe aviar e incluso el grave daño o la desaparición del entorno vital terrestre debido al calentamiento de la atmósfera y la contaminación medioambiental.

Esta contradicción se percibe, más si cabe en el mundo occidental y desarrollado, no como una entelequia futurible y en el fondo improbable, sino como una experiencia cotidiana de insatisfacción o incluso de frustración personal. Hay que seguir trabajando en condiciones, muchas veces, indeseables; no se dispone de tiempo para hacer lo que realmente se quiere; a diario, los medios de comunicación transmiten una larga lista de accidentes, agresiones, corruptelas y escándalos. Sin embargo, nada de eso llega a alcanzar un punto crítico o de ebullición que provoque graves conflictos colectivos o tensiones que pongan en peligro la estabilidad

política y socioeconómica de esos países. Destellos como los de Francia, con el no a la Constitución europea, la revuelta asociada a la inmigración y la marginación social, y más recientemente con la protesta juvenil apoyada por los sindicatos contra el contrato de primer empleo, no dejan de verse como escapismos o rebeliones de corto alcance, desahogos propios de países ricos acostumbrados a vivir en cierta opulencia y ociosidad.

Parece como si la subsistencia asegurada por un consumo insaciable fuese un antídoto contra cualquier rebelión o cuestionamiento de nuestra propia forma de vivir y ver la vida. Sólo la aparición de “cuellos de botella” económicos podría amenazar la continuidad del modelo de vida y desarrollo occidental y forzar su reorientación. Pero incluso en ese terreno lo que antes se consideraban desequilibrios insostenibles son ahora desajustes asimilables por la economía mundial. Por ejemplo, el déficit de la balanza comercial y del conjunto de la balanza por cuenta corriente, no parece ser un límite para el crecimiento como lo era antaño. Ahí están los casos de Estados Unidos o de España, sin ir más lejos, para ratificarlo. Sus enormes y crecientes déficits con el exterior no les impiden mantener tasas de crecimiento muy elevadas.

No obstante, en el caso español el endeudamiento de las familias parece alcanzar niveles alarmantes y el crecimiento apoyado en la

construcción y el turismo empieza a frenarse. A escala mundial cada vez aparecen signos más evidentes de desequilibrio. Estados Unidos y la Unión Europea, pierden peso relativo frente al área asiática liderada por China e India y reforzada por la lenta recuperación de Japón. La frontera euroasiática se está convirtiendo en un polvorín. La Europa oriental, es el área del mundo que más se está empobreciendo y en Oriente Medio, que sigue siendo un eje estratégico del desarrollo occidental por sus reservas de petróleo, no hay forma de asegurar su estabilidad política, lo que equivale a decir que no hay garantías de que el suministro de petróleo se mantenga en condiciones y precios asimilables por los países más desarrollados. Mientras tanto, América Latina, aunque ha crecido también en esta última ola de expansión internacional, no logra despegar y se desvincula cada vez más de la estrategia estadounidense para las Américas, con la emergencia de gobiernos mayoritariamente de izquierdas o de orientación indigenista. África sigue siendo el continente expoliado, que no levanta cabeza.

¿Es preciso esperar a que esas tensiones y contradicciones estallen a escala mundial, lo que para generaciones como la mía equivaldría, en el mejor de los casos, a esperar una vejez llena de sobresaltos, o cabe establecer algunas bases de un nuevo modelo de desarrollo mundial? Muchos quizá piensen que es un objetivo y una reflexión demasiado ambiciosa, pero además de que surge inevitablemente de mi interior, como

a veces brota en el hombre el ansia de infinito por más que sea consciente de su finitud, o precisamente por eso, responde a una pregunta que muchos se hacen y que el fenómeno de la globalización plantea quiérase o no. Más aún, creo que empieza a haber conocimientos y respuestas para vislumbrar una alternativa. No es necesario que sea una alternativa que se imponga a corto, ni siquiera a medio o largo plazo. Se trata simplemente de reencontrar un sentido de humanidad, que parece írsenos de las manos en medio de intereses individualistas, y de tensiones y conflictos entre distintas áreas del mundo que tienden a ser cada vez más irreconciliables. Que seamos además los economistas los que afrontemos este reto tiene especial sentido.

La economía se ha transformado en el núcleo dominante de las ciencias sociales, que representan la frontera entre las ciencias puras y las humanidades. Eso la ha convertido en la piedra angular de todo el sistema de pensamiento y de organización social. Cuando se inclina en exceso hacia el lado de las ciencias puras, como parece estar ocurriendo, contribuye a reforzar los paradigmas dominantes, sin aportar alternativas y encerrándose cada vez más sobre sí misma, llevando el economicismo hasta extremos ridículos. Cuando, por el contrario, bascula desproporcionadamente hacia las humanidades, y eso también sucede, cae en la absurda tentación de convertirse en la sustituta de la filosofía y demás

ciencias humanísticas. Decía Einstein que la humanidad se caracterizaba cada vez más por la perfección en los medios y la confusión en los fines. La economía cuando aspira a homologarse con las ciencias puras se acaba convirtiendo en pura técnica (medio), pero cuando se presenta como paradigma del “humanismo” corre el riesgo de contribuir a confundir los medios con los fines en vez de a ayudar a perfilar mejor estos últimos.

Mantenerse en el fiel de la balanza, conservar el equilibrio entre ambas formas de pensamiento, científico puro y humanista, las dos culturas de que hablara C. P. Snow en sus famosos ensayos sobre este tema<sup>1</sup>, no es un objetivo fácil, pero tampoco es, afortunadamente, una tarea exclusiva de los economistas. Depende de todos, científicos puros, humanistas y el resto de científicos sociales. Ellos nos deben poner en nuestro sitio y de vez en cuando lo hacen con críticas aceradas sobre nuestra ciencia, pero que duda cabe que tampoco estaría demás que los economistas ayudásemos a facilitar esa tarea. El economicismo no es sino una manifestación del “cientificismo” y éste no es mas que la expansión de la separación entre ciencia y vida, entre pensamiento y experiencia, que tanto preocupaba al español Ortega y Gasset.

---

<sup>1</sup> Charles Percy Snow (1905-1980), *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, The Rede Lecture, Cambridge University Press, 1959. Edición ampliada *The Two Cultures: A Second Look. An expanded version of the Two Cultures and the Scientific Revolution*. Cambridge University Press, 1964. (versión en español: *Las dos culturas y un segundo enfoque* / trad. S. Maso. Alianza Editorial, Madrid, 1977).

Para Ortega, el hombre siempre tiene una visión del mundo, -“la impresión radical, última, básica, que tenemos del universo”<sup>2</sup>-, que depende de muchas circunstancias, pero que nunca es estrictamente individual sino propia de pueblos y de épocas. Y esa visión condiciona toda nuestra forma de entender y afrontar las cosas, “estamos situados, colocados en un ahí”. No es el pensar racional y subjetivo, “el pienso luego existo” de Descartes o “los juicios sintéticos a priori” de Kant, la base de nuestro pensar, sino la propia vida. Por eso Ortega reivindica para su filosofía la denominación de “racionalismo vitalista”. Y el problema que en ese sentido más le preocupa, lo que califica el “tema de nuestro tiempo”, que es el título de uno de sus escritos<sup>3</sup>, es, precisamente, que la modernidad consagre el distanciamiento entre razón y vida, entre pensamiento y experiencia.

La modernidad nace asociada al descubrimiento de América por el mundo europeo occidental, lo que Enrique Dussel denomina el encubrimiento de América<sup>4</sup>. El mundo europeo occidental se recubre de racionalidad en una especie de ensimismamiento que le impide ver al “otro”, reconocer al diferente. Europa se autointerpreta, también por primera vez, como “Centro” del Acontecer Humano en general y, por lo

---

<sup>2</sup> José Ortega y Gasset, “La elección en amor” en *Estudios sobre el amor, Obras completas* páginas 596-697

<sup>3</sup> José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Espasa Calpe, 21ª edición, Madrid, 2003 (con una introducción de Manuel Granell)

<sup>4</sup> Enrique Dussel, *1492 el encubrimiento del otro (hacia el origen del mito de la modernidad)*, Ed. Nueva Utopía, Madrid, 1992

tanto, despliega su horizonte “particular” como horizonte “universal” (la cultura occidental). Este hecho de la “salida” de Europa Occidental de los estrechos límites dentro de los cuales el mundo musulmán la había confinado constituye el nacimiento de la Modernidad. El 1492 es la fecha de su nacimiento, del origen de la “experiencia” del ego europeo de constituir a los otros sujetos y pueblos como objetos, instrumentos que se les puede usar y controlar para sus propios fines. El desarrollo de la ciencia moderna y del capitalismo occidental es inseparable de ese hecho de la conquista de América y del esquilamiento de los recursos naturales y humanos que dicha conquista trajo consigo.

Ese es el caldo de cultivo del nacimiento de la ciencia moderna, el origen del conocimiento científico entendido como racionalidad que desplaza al resto del pensamiento, el conocimiento no científico, a un lugar subordinado y destinado a ser progresivamente reducido hasta su completa eliminación. Sin embargo, la creencia en una racionalidad absoluta con capacidad de encarnarse en la tierra, que alcanza uno de sus cenits en la idea absoluta de Hegel y es inseparable de su concepción del Estado, responde a una experiencia que trasciende a la razón y que incluso la niega. Si el hombre europeo occidental llega a creer que la potencia de su razón es prácticamente ilimitada es porque es capaz de imponer su concepción del mundo por la razón de la fuerza, más incluso que por la fuerza de la razón.

Hay que reconocer, utilizando de nuevo palabras de Enrique Dussel, que la modernidad no es sólo razón, sino razón más violencia. La modernidad representa la racionalidad y el liberalismo democrático, pero también la violencia y el autoritarismo burocrático. De hecho, el prototipo del científico moderno es heredero directo del “conquistador”, militar, guerrero, que constituye el primer hombre moderno activo, práctico, que impone su “individualidad” violenta al Otro, más que del sabio humanista que es consciente de sus limitaciones y busca y entretiene con los demás. La falta de reconocimiento del “otro” –“ama a tu prójimo como a ti mismo, pero no olvides que es “otro”, decía Antonio Machado-, de la existencia del continente americano como una realidad propia y específica, diferente a la que se deriva de su anexión a la metrópoli y a la concepción del mundo europea, crea la impresión de “superioridad” occidental y de falta de límites a la explotación de los recursos naturales y humanos<sup>5</sup>. Por eso, la modernidad es inseparable de “la interiorización, por parte de la colectividad, de una perspectiva infinita del tiempo”<sup>6</sup>.

No se trata de juzgar el hecho histórico de la conquista europea de América, sino de intentar entender el origen, las bases, del moderno pensamiento occidental. Este ha acabado haciendo de la ciencia o razón

---

<sup>5</sup> Ibidem

<sup>6</sup> Jong Mo Sung, *Teología y Economía*, Ed. Nueva Utopía, Madrid, 1996, página 163

científica no ya un poderoso instrumento de entendimiento de la realidad y de transformación de la naturaleza, sino una ideología de progreso infinito y racionalidad absoluta. Con ello la naturaleza y el universo entero, incluyendo al propio individuo, pasan de ser objeto de contemplación y motivo de autoreflexión a elementos manipulables por el poder omnímodo de la razón teórica y práctico-tecnológica. El conocimiento científico deja de ser un elemento más del pensamiento humano, la ciencia deja de formar parte del magma del conocimiento general del hombre. Se considera que poco a poco se va desprendiendo de los velos de la irracionalidad metafísica, eliminando así las impurezas y limitaciones en que se mantenía al estar mezclada con el conocimiento vulgar y metafísico. La imparable fuerza del pensamiento y el progreso tecnológico de occidente parece no tener límites.

Esta concepción de la ciencia se afirma a sí misma, redoblándose de racionalidad, con el positivismo. Y Popper, aunque critica el empirismo positivista, ratifica la radical separación entre conocimiento científico y metafísico. La economía se convierte en la principal expresión de este paradigma científico moderno, hasta tal punto que la conducta económica se identifica con el comportamiento racional. El economista, desde esta perspectiva, es el que es capaz de maximizar la eficiencia en la utilización de los recursos. De ahí que el razonamiento económico sea avasallador y

tienda a penetrar cualquier otro campo de conocimiento. La idea básica es que la competencia, entendida como la búsqueda del beneficio o utilidad por parte de unidades que actúan independientemente persiguiendo sus propios intereses, garantiza la obtención de la máxima eficiencia y derivadamente, por tanto, del máximo bienestar. Estamos ante el sistema de ecuaciones de Walras que define el equilibrio general y su consecuencia inmediata es la definición del denominado “óptimo de Pareto”.

La economía, así entendida, expresa, mejor que cualquier otra ciencia, la esencia de la modernidad. Esa esencia radica en lo que Hinkelammert denomina “la ilusión trascendental de los progresos infinitos”.<sup>7</sup> Es “...la ilusión de que se puede construir en la historia el Paraíso Terrestre, la satisfacción de todos los deseos por el progreso infinito de la técnica y de la ciencia. La ilusión de que no existen límites para el poder de realización, de que no hay deseos y utopías que trasciendan la posibilidad histórica y que, por tanto, todos los deseos serán realizados por el progreso técnico. ...el progreso técnico infinito, posibilitado por el sistema de mercado, nos llevará a la satisfacción de todos los deseos humanos.”<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*, San José, DEI, 1984, página 206

<sup>8</sup> *Ibidem*, página 217

La economía se convierte así en la “quintaesencia” del pensamiento moderno presente en todas las ciencias. Al contrario que en las sociedades tradicionales, donde las posibilidades históricas reales eran muy reducidas y existía la conciencia de la imposibilidad del avance histórico más allá de un cierto umbral, ahora el progreso no tiene aparentemente límites, se supone que hay un horizonte infinito de posibilidades en el tiempo y en el espacio. Lo que antes era una proyección de futuro en el más allá, un sentido de la trascendencia, se sustituye por el futuro inminente e inmanente, realizable aquí y ahora. Las posibilidades de desarrollo o progreso terrenal, en el más acá, tienden a ser, desde esta perspectiva, infinitas. Se supera la tradicional dicotomía entre un aquí inmanente y un más allá trascendente, que, “es sustituida por un nuevo desdoblamiento entre un aquí presente y un más allá futuro relacionado con el progreso, entendido como el producto del trabajo humano. La trascendencia se convierte en una inmanencia futura”<sup>9</sup>. Quizá los ejemplos más significativos de esta concepción del mundo y de la ciencia, al margen de la economía, se encuentren en los dos polos más aplicados y problemáticos del conocimiento humano, representados en las ciencias puras por la biomedicina y en las humanidades por el ámbito relacionado con el poder político y religioso.

---

<sup>9</sup> Franz Hinkelammert, *El subdesarrollo latinoamericano: un caso de desarrollo capitalista*; Ed. Nueva Universidad, Santiago de Chile, 1970, página 30, citado por Jong Mo Sung, *Teología y Economía*, Ed. Nueva Utopía, Madrid, 1996, página 163-164

En el ámbito biomédico la investigación se desvirtúa con un enfoque reduccionista del cuerpo humano. Desvinculando al cuerpo de cualquier contexto externo y de la conciencia del propio ser humano, se alimenta, tras una aparente exaltación de lo material y biológico, una falsa idealización que niega la vulnerabilidad del cuerpo. [El hombre se ve expulsado de su propio cuerpo, contemplándose a sí mismo como en un espejo. Su cuerpo está determinado genéticamente, pero precisamente por eso se ve libre de cualquier limitación corporal o geográfica. La posibilidad de manipulación genética se plasma en imágenes de cuerpos perfectos diseñados cibernéticamente.]

La biomedicina actual, como señala Hille Haker, profesora de Ética en la Facultad de Teología Católica de Tubinga y miembro del centro inter-Facultades para la ética, responde a obsesiones de los investigadores, que están marcados profundamente por la historia de la ciencia occidental, que no quieren ver la finitud del hombre y que, por tanto, experimentan cualquier límite aparentemente “dado por la naturaleza” como un desafío para el conjunto de la investigación.<sup>10</sup> De ahí que “...la forma en que la biomedicina se ocupa del cuerpo humano esté sometida a una doble reducción”. Por un lado, “no contempla, ni mucho menos, al *cuerpo* en

---

<sup>10</sup> Hille Haker, “El cuerpo perfecto: utopías de la biomedicina”, *Concilium*, Revista Internacional de Teología, nº 295, abril 2002, páginas 13 y 14

sentido genuino, sino que más bien des-corporiza al cuerpo, reduciéndolo a la materialidad, a la simple *res extensa* (Descartes). Por otro, “se ocupa del cuerpo en forma fragmentada: los órganos, los tejidos, las células, los cromosomas, los genes aparecen sí, como *pars pro toto* del cuerpo, cuyas funciones han de entenderse y modificarse, pero no se contempla el cuerpo como totalidad. Esta doble reducción se expresa en el “dogma genético central” que afirma que “El ADN hace el ARN, el ARN hace la proteína, y la proteína nos hace a nosotros”.<sup>11</sup> Aunque este “dogma” puede hoy día considerarse como fracasado e nivel científico, sin embargo sigue actuando sin reducción alguna en la praxis. La investigación biomédica, con la falsa ilusión de conseguir el “cuerpo perfecto” y por derivación la inmortalidad, sigue ocupándose preferentemente de la determinación genética al comienzo de la vida y del envejecimiento y el morir de las células al final, en vez de centrarse en la prevención de enfermedades y en la ayuda para morir y mejorar la calidad de vida en la senectud.

La profesora Haker concluye su reflexión afirmando: “La ética tiene que preocuparse de volver a transferir las imágenes de la perfección a sus contextos sociales. Entonces pudiera ser que una “vida buena” no tuviera que identificarse absolutamente con la inmortalidad de los propios genes; que la finitud, la somaticidad y la mortalidad posean su propio valor, y que

---

<sup>11</sup> Ibidem, páginas 14 y 15

la doble reducción del hombre al cuerpo y del cuerpo a la materia biológica tenga un precio que nosotros no debemos estar dispuestos a pagar, por amor a nosotros mismos: es el precio de la humanidad en el sentido de la igualdad normativa bajo la condición de la diferencia individual; es el precio de la dignidad del hombre”.<sup>12</sup>

Algo semejante ocurre en el otro extremo, en el ámbito de las humanidades. La teología y la ciencia política, que tienen más paralelismos de lo que a primera vista parece, se basan en una creciente descontextualización bajo la aparente exaltación del análisis empírico. No son sino un reflejo más del positivismo popperiano vigente en la ciencia actual. No se pone límites a la abstracción teórica, cuanto mayor mejor, -de ahí la condena del historicismo que hiciera Popper-, ya que los hechos empíricos (el denominado proceso de “falsación”) se supone que dan consistencia a la teoría. Buena parte de la teología actual se plantea fuera de cualquier contexto histórico-geográfico y de experiencia personal. Negando la tradición más elemental judeo-cristiana que partía de la experiencia personal de Dios desde la historia colectiva de un pueblo, se hacen reflexiones sobre Dios en el vacío o tratando simplemente de apoyar ciertas afirmaciones en una pretendida investigación empírica. La última encíclica del Papa identificando a Dios con el amor, al margen de cualquier

---

<sup>12</sup> Ibidem, página 24

análisis sobre la situación actual del mundo o de autorreflexión sobre la vida de la Iglesia, es un ejemplo claro.

La ciencia y la práctica política alimentan igualmente la “ilusión trascendental” de progreso infinito al transformar el ideal democrático de libertad y participación en simple ingeniería social. La democracia no es una meta difícilmente alcanzable, que depende de las actitudes de los propios individuos y de cambios en las estructuras sociales, sino una realidad factible puesto que la mejora de las técnicas sociopolíticas nos conducen irremisiblemente a dicho ideal. En ese sentido, la política, en cuanto afirmación de la factibilidad de la utopía, que transmuta la ilusión como horizonte en perspectiva real para un futuro más o menos inmediato, adquiere un carácter religioso. De ese modo, tomando de nuevo palabras de Hinkelammert, “el científico empírico se siente como el único que se liberó del mito, cuando en realidad es aquel que más ingenuamente está sometido al mito. No se da cuenta que todo pensamiento dirigido a la acción está fundado en mitos o proposiciones metafísicas.... Es porque toma la ilusión trascendental como la realidad. Y esta se presenta entonces como realidad secularizada”.<sup>13</sup>

Los economistas, precisamente porque somos los principales artífices y legitimadores de esa “ilusión trascendental” de progreso infinito, tenemos

---

<sup>13</sup> Hinkelammert, *Economía y revolución*, Santiago, Ed. Pacífico, 1967, página 221

la mayor responsabilidad de realizar su crítica. Este es “el primer paso para poder dar al ser humano la posición de centro de la historia, en relación al cual toda institucionalidad es subsidiaria”.<sup>14</sup> Es la misma idea que expresa el bello lema de la UABC: “Por la realización plena del hombre”. En vez de propiciar la idea de libertad sin límites –el mercado como competencia sin reglas de juego y la mejora “ad infinitum” de la eficiencia tecnológica-, hay que formular modelos que integren ciertas reglas institucionales y tengan en cuenta los límites del crecimiento.

La concepción del mercado autogobernado, autorregulado, que no requiere control externo, ni necesita leyes restrictivas es la expresión más acabada del hombre moderno. El prototipo del hombre moderno es el “homo economicus”, que en la búsqueda de su propio interés alcanza la máxima racionalidad y eficiencia. Como señalara Adam Smith, la “mano invisible” garantiza que “persiguiendo su propio interés alcanza frecuentemente un fin social de forma más efectiva que cuando realmente intenta lograrlo” (La Riqueza de las Naciones, 1776). El principio de “amar al prójimo como a uno mismo” se sustituye por el de “ámate a ti mismo y no te preocupes por el prójimo, que si el también se preocupa de sí mismo automáticamente se alcanzará la mejor situación posible para todos”. El Nobel de Química, Richard Ernst, ha señalado a este propósito que

---

<sup>14</sup> Hinkelammert, 1984, opus cit., página 262

“llevando esa lógica hacia su extremo, cualquier inmoralidad egoísta puede ser justificada por esa vía. La riqueza de los ricos puede crear puestos de trabajo para los pobres, o, cuanto más ricos sean los ricos mayores serán los desperdicios para alimentar a los pobres! En numerosos aspectos, nosotros estamos viviendo actualmente a cuenta de los desfavorecidos, del tercer mundo y de las generaciones futuras”<sup>15</sup>.

La “ilusión de progreso infinito” está implícita en las categorías analíticas de la actual ciencia económica, y, por tanto, su crítica pasa por la de dichas categorías. Entre las preocupaciones fundamentales de la humanidad actual, sobresalen el hecho de las abismales desigualdades de renta y el de la incertidumbre sobre la sostenibilidad de la vida sobre la tierra. Ambas cuestiones implican a todos los ámbitos de conocimiento y al conjunto de la humanidad, pero que duda cabe que tienen una relación directa con conceptos económicos cardinales que, al menos, deberían ser discutidos. El crecimiento económico se ha basado en confundir la competencia y la ampliación de los mercados con la progresiva eliminación de normas o marcos regulatorios, que en realidad encubrían unas reglas de juego, puesto que sin ellas no hay mercados, de carácter profundamente discriminatorio. Esa identificación del crecimiento con la ausencia de

---

<sup>15</sup> Richard Ernst (premio Nobel de Química en 1991 por sus aportaciones a las técnicas de resonancia magnética), “The responsibility of Universities in our time” publicado en Emilio Fontela Montes y Joaquín Guzmán Cuevas (coordinadores), *Economía ética y bienestar social*, Ed. Pirámide, Madrid, 2003, página 74 (traducción propia)

límites ha ocultado también que los incrementos de renta (flujos) se han apoyado en buena medida en la destrucción de riqueza (fondo), asociados a la incorporación al mercado de terrenos y recursos no renovables.

Los economistas tenemos una especial responsabilidad en profundizar en estos conceptos y desvelar las posibles incongruencias en que se apoyan. Se trata de conceptos básicos que afectan al núcleo central de la ciencia económica. Por un lado, lo que se refiere al funcionamiento de los mercados y la competencia, que conforma el cimiento o fundamento micro de la economía. Por otro, la relación entre flujos y fondos, conectada a la cuestión anterior aunque la trasciende al plantear a escala macro o agregada la conexión entre la generación de la producción o la renta (flujo) y el uso de la riqueza disponible (fondo), lo que en la contabilidad nacional se denomina como activos no financieros no producidos.

En el ámbito microeconómico o de análisis de los mercados es necesario ir más allá de la concepción neoclásica de la competencia. Desde esa perspectiva, los desequilibrios del mercado se resuelven mediante ajustes a corto plazo en los precios. Por tanto, para asegurar el equilibrio lo único que se requiere es que no haya ningún tipo de interferencia en el funcionamiento del mercado, así definido, que distorsione el ajuste en el precio. La intervención del Estado o cualquier estrategia empresarial se

interpretan como una restricción a la competencia y la innovación se considera un fenómeno exógeno a la empresa y que sólo se produce de muy tarde en tarde. En consecuencia, el largo plazo se identifica con alteraciones en la función de producción provocadas por la aparición de una nueva tecnología que sustituye a la anterior.

En la práctica esto se traduce en actitudes gubernamentales y empresariales que renuncian a cualquier política de mejora y defensa de la competencia, ya que ésta está garantizada mientras se mantenga la libertad en la fijación de los precios. El progreso tecnológico asociado a la investigación científica, como proceso autónomo, ajeno al mercado y a la iniciativa empresarial, se supone que permite seguir mejorando indefinidamente la eficiencia y la productividad. Esta visión microeconómica propicia la desregulación total en la que predominan las políticas macroeconómicas de carácter monetario en detrimento de las fiscales y las estrategias de simple liberalización comercial frente a las de integración económica.

La crítica a esta concepción del funcionamiento de los mercados se considera innecesaria, ya que el “libre mercado” es precisamente el que nos conduce a una mejora ilimitada, al progreso infinito. Además, la que parecía la única vía alternativa, la estatalización de la economía mediante la

planificación de los precios, ha quedado prácticamente descartada tras la desaparición del bloque soviético. Sin embargo, los economistas de la Escuela Austriaca, tras su defensa de un liberalismo más radical y antiintervencionista que el de la Escuela Neoclásica, plantean una noción de la competencia y el funcionamiento de los mercados muy diferente a la de los neoclásicos. En ella la esencia de la competencia radica no tanto en el proceso de fijación de precios como en la innovación, que es indesligable de la iniciativa empresarial. Con ello descartan la posibilidad de que se alcance un equilibrio general, que es lo que en última instancia sustenta la idea de progreso infinito, puesto que el conocimiento nunca es, ni puede llegar a ser, perfecto, sino parcial y disperso.

Lo fundamental ya no son los ajustes a corto plazo a través de los precios, sino la búsqueda de ventajas competitivas a largo plazo por medio de la innovación. La tecnología se convierte en un factor endógeno, puesto que es la clave del funcionamiento competitivo de los mercados, y el establecimiento de reglas de juego y de estrategias empresariales diferenciadas son imprescindibles para que exista una efectiva competencia. Las políticas de defensa y fomento de la competencia y la cooperación entre empresas en vez de frenos a la competencia se convierten en requisitos para su mantenimiento y estímulo. A escala macroeconómica esto se traduce en un mayor equilibrio de las políticas

fiscales y monetarias y de las estrategias de integración económica y liberalización comercial.

Frente a la concepción idealizada de los mercados y de la competencia, que no requiere de reglas institucionales y adquiere una dinámica independiente de cualquier tipo de regulación o estrategia empresarial, (cabe) (se instaura) una visión que recupera el sentido de la institucionalización de los mercados y del papel del empresario como agente activo de la competencia. La ciencia económica se abre así para enriquecerse con las aportaciones de la ciencia jurídica y las demás ciencias sociales, y con los conocimientos derivados de la experiencia de los que conforman el tejido social y productivo, incluidas Pymes y microempresas. La economía deja de concebirse como el talismán del progreso sin límites, que niega el sentido de la existencia de cualquier regulación institucional y de cualquier iniciativa personal de carácter ético y colectivo que vaya más allá de la búsqueda del interés estrictamente individual.

Otro de los aspectos marginados por la concepción científica dominante en economía es el que se refiere al tratamiento del capital, cuestión que está directamente ligada con el tema de los límites del crecimiento. La contabilización de las operaciones de capital minusvalora la depreciación del capital o consumo de capital fijo y de las plusvalías

derivadas de la incorporación al circuito económico de activos reales (no financieros) no producidos. Esto favorece la revalorización o sobrevaloración del capital financiero en detrimento de la renovación del capital productivo. Se incentiva un crecimiento intensivo en capital fijo que paradójicamente minusvalora ese capital y dificulta un crecimiento sostenible a largo plazo. Al no establecer las reservas necesarias para la amortización-renovación del capital fijo y desplazar hacia los activos financieros buena parte de las plusvalías, se fomenta la concentración del capital en detrimento de la conservación del capital productivo y de la diversificación de la demanda que se derivaría de una distribución de la renta más igualitaria.

El suelo y los recursos naturales no renovables que atesora, en la medida en que se incorporan a la actividad productiva considerándolos como un recurso o consumo intermedio más, en vez de como capital, generan un crecimiento ficticio. Al contrario que con el resto del capital fijo, que es lo que realmente es, no se descuenta el consumo de capital fijo. Esto implica que su explotación productiva se traduce íntegramente en un incremento de las rentas de los factores productivos o valor añadido neto. Con ello se alimenta un mayor consumo e inversión, que parece no tener límites, pero que cada vez es más insostenible puesto que no se ha hecho la reserva contable necesaria para la renovación de dicho capital.

La desmesurada anexión de suelo y recursos naturales a la actividad productiva, que se traduce en un crecimiento cada vez más intensivo en capital, impone además la necesidad de aumentar progresivamente la productividad como forma de mantener el nivel de renta. Como dice Alicia en la famosa obra de Lewis Carroll, Alicia en el país de las maravillas, “aquí es necesario correr cada vez más para permanecer en el mismo sitio”. Tasas crecientes de aumento del producto o renta bruta son necesarias para garantizar un mismo nivel de producto o renta neta. Además todo parece indicar que, alcanzado un cierto punto, la riqueza generada puede ser inferior a la destruida. Un flujo creciente de renta bruta puede no bastar para mantener el nivel de riqueza (fondo). El análisis de la relación entre flujos (riqueza) y fondos (renta), mediante la utilización de sistemas dinámicos, es, como ya se señalaba, otro de los aspectos de la investigación económica que requiere mayor atención. Desde este ángulo la ciencia económica requiere incorporar las aportaciones de matemáticos y de otros científicos puros que se ocupan de los procesos físico-químicos, biológicos y medio ambientales. Esta crítica de ámbito macroeconómico complementa la anteriormente reseñada de carácter microeconómico. La economía no es la ciencia que posibilita una creciente eficacia y bienestar trascendiendo cualquier límite que el ser humano o la naturaleza puedan tener, sino justamente lo contrario, un campo de conocimiento que ayuda a

comprender los umbrales o límites en que se desenvuelve la actividad del hombre.

Pero esta crítica de la economía difícilmente se va a realizar en exclusiva desde el “primer mundo”, puesto que esa misma calificación prominente de primer mundo le incapacita, de algún modo, para esa labor. La cultura occidental en la que la ciencia moderna nace y se desarrolla ha interiorizado hasta tal punto la idea de progreso infinito y de primacía y dominación de la “razón científica”, que se mueve en un círculo vicioso casi indestructible. Cree en el progreso infinito porque la razón científica y los logros tecnológicos que genera se consideran ilimitados, a su vez el creciente distanciamiento entre razón y vida, entre ciencia y experiencia, inmuniza al pensamiento científico, cada día más, de cualquier “anormalidad” procedente de la experiencia vital. ¿Cómo puede extrañarnos que, como señalaba al comienzo, Ortega califique este alejamiento entre ciencia y conciencia, entre razón y vida, como el “problema de nuestro tiempo”; o que Hinkelammert y Dussel, desde otro ángulo, hablen de la “ilusión trascendental del progreso infinito” y la incapacidad de la cultura occidental para reconocer al “otro” a lo “diferente”.

Las aportaciones científicas provenientes de los países y culturas de “otros mundos”, -ya se sabe que las expresiones “tercer y cuarto mundo están perfectamente acuñadas-, son decisivas a tal fin. México en un sentido y España en otro, en cuanto fronteras o encrucijadas entre esos mundos, son lugares privilegiados para afrontar esa labor. La proximidad a los centros de investigación más avanzados del plantea, que se concentran en buena medida en Estados Unidos y en Europa occidental, facilitan el acceso al conocimiento científico y a la cultura en que dicho conocimiento se desarrolla. Al mismo tiempo, la inmersión de México en la realidad y cultura latinoamericana, impregnada de tradiciones indígenas que enriquecen el magma vital en que crece el conocimiento humano; y el carácter fronterizo de España respecto a África, el continente más pobre y representativo de la negritud y la cultura árabe, pueden aportar el impulso vital necesario para volver a situar la ciencia, comenzando por las ciencias sociales, en el lugar que le corresponde.

Es necesario hacer un notable esfuerzo por comprender y asimilar las aportaciones que en los diversos campos científicos, y en particular en el de la economía, se están realizando, sobre todo en el ámbito estadounidense y europeo. Pero, al mismo tiempo, es imprescindible reafirmar los valores y experiencias propias, desarrollando investigaciones sobre temas cuyo análisis ha sido consciente o inconscientemente marginado por la

concepción eurocentrista de la vida y derivadamente de la ciencia y el método científico. Así lo pone de manifiesto la profesora nayarita Lourdes Pacheco en la presentación de un libro de Fabiola López Román<sup>16</sup>, o la investigación realizada en esta universidad sobre las microempresas y el servicio social universitario, que como ya he señalado en otras ocasiones constituye un trabajo pionero<sup>17</sup>. Precisamente porque se parte de una experiencia y realidad específica, y hasta cierto punto única, es posible enriquecer el patrimonio común de la ciencia universal. El conocimiento, como la vida, no se desarrolla de forma lineal. Una cosa es que no haya saltos, “natura non facit saltus”, y otra, muy diferente, que la evolución sea una simple expansión o deducción lineal de lo ya existente.

La legitimación social de las universidades en los países más desarrollados, dominados por el cientificismo y la idea de progreso lineal e ilimitado, se asocia a las ciencias puras y las conquistas tecnológicas. Sin embargo, hay que recobrar el protagonismo de las humanidades en la universidad. La conexión de la investigación y el conocimiento científico con las preocupaciones de la sociedad y la cultura general requiere una cierta formación humanista, y a la inversa. La concepción científica moderna que identifica ciencia, razón y progreso sitúa a la tecnología,

---

<sup>16</sup> Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, presentación del libro de Fabiola González Román, *La condición actual de la mujer en Nayarit*, Universidad Autónoma de Nayarit, Nayarit, 2002

<sup>17</sup> Alejandro Mungaray y otros, *Potencial de la vinculación universitaria para una política microempresarial. Una perspectiva comparada*, Miguel Ángel Porrúa, México, 2002

como materialización o resultado final de la investigación, en el lugar prominente de la jerarquía de conocimientos. De este modo, “la teoría se ha convertido en la autolegitimación de la técnica según el criterio de la eficacia del resultado”<sup>18</sup>. En la medida en que la economía se transforma en el metalenguaje de la ciencia, así concebida, cortocircuita la relación entre las ciencias puras y las humanidades en vez de servir de puente entre ambas.

Los economistas, especialmente los que trabajamos en el ámbito científico y universitario, tenemos la urgente responsabilidad de favorecer la conexión entre ciencia y vida, entre universidad y sociedad. Para ello no podemos seguir manteniéndonos de espaldas a los desafíos que nos plantea un mundo globalizado en el que crece la homogeneidad uniformadora al tiempo que perviven fuertes desigualdades. Promover la equidad dentro de la diversidad supone un cambio de gran calado, implica de hecho una inversión de las actuales tendencias. Y no cabe una transformación de tal magnitud sin que se pongan en juego todas las fuerzas al alcance de la humanidad. Una de ellas, importante por el protagonismo que ha alcanzado la ciencia y la economía, es reconducir el conocimiento científico y el papel de la economía al lugar que les corresponde.

---

<sup>18</sup> Pietro Barcellona, *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Ed. Trotta, Madrid, 1992.

El conocimiento científico en vez de alimentar la ilusión de un progreso infinito en el que la razón científica se impone hasta eliminar cualquier vestigio de “irracionalidad”, tiene que recobrar su verdadera razón de ser como suma de campos acotados de conocimiento que se mueven y alimentan en el magma general de la vida y la cultura humana. La economía, como conjunto de conocimientos acerca de la forma en que la sociedad se organiza para satisfacer las necesidades y deseos de sus miembros, debe renunciar al avasallamiento economicista. Este hace de la maximización de la utilidad y el rendimiento individual un principio de eficacia universal aplicable a cualquier aspecto de la realidad, en vez de admitir la dependencia del mercado y el reino de la satisfacción de las necesidades humanas, que constituye el núcleo básico de la economía, de la sociedad encarnada en distintos ámbitos de regulación y convivencia (sociedad civil), incluido el papel ordenador del Estado, y de la verdadera libertad individual que se apoya en la búsqueda del consenso y el entendimiento y el amor entre todos los hombres.

Conviene no olvidar la advertencia de Richard Ernst, cuando afirma:

“Los científicos europeos tienen que ir más deprisa para alcanzar a los americanos! Pero difícilmente ningún científico se pregunta a sí mismo si la dirección en la que estamos corriendo tras los americanos es la adecuada, o si conduce hacia un punto muerto. Actualmente sería más

beneficioso que cada científico reconsiderase sus propios objetivos y los ajustase a las necesidades sociales, independientemente de la superficial carrera científica por los premios y el reconocimiento dentro de un estrecho grupo de especialistas. Ciertamente, una elección responsable de los objetivos científicos es difícil, pero es esencial para intentar evitar una carrera científica que se autoimpele, que no es susceptible de un control racional y responsable.

La aceleración por sí misma de las actividades de negocios o de investigación puede ser perjudicial. Conduce a una creciente superficialidad, a un sentimiento de merma de seguridad, a una pérdida del sentido de la propia vida, a una acelerada decadencia cultural y a una destrucción de nuestros cimientos vitales...Estamos contribuyendo de este modo a una “muerte rápida” de la cultura y estamos cogidos en una “trampa de aceleración” autopropulsada”.<sup>19</sup>

Metidos en esa carrera sin fin es imposible adquirir la profundidad y amplitud que el conocimiento científico requiere. Pues como Goerge Christoph Lichtenberg dijo: “El que comprende tan sólo la química, ni siquiera entiende tampoco la química”. Y José Ortega y Gasset expresó esa

---

<sup>19</sup> Richard Ernst, “The responsibility of Universities in our time” publicado en Emilio Fontela Montes y Joaquín Guzmán Cuevas (coordinadores), *Economía ética y bienestar social*, Ed. Pirámide, Madrid, 2003, página 75 (traducción propia)

verdad de esta forma: “Para ser un ingeniero no basta con ser simplemente un ingeniero”.

Pero ni siquiera eso sería suficiente. Los universitarios no se pueden limitar a la investigación, sino que han de asumir la responsabilidad de la educación especializada y de la formación de personas con capacidad de liderazgo social. Citando de nuevo al Nobel Richard Ernst: “La promoción de personalidades que tengan una visión amplia y un sentido crítico, acompañado de compasión y entendimiento de las necesidades de otros es el objetivo final de la educación académica. Deberían hacerse muchos más esfuerzos de los que se han hecho hasta ahora en esta dirección que es la más importante....Con frecuencia, es demasiado evidente que nosotros los científicos no alcanzamos a ser una elite capaz de orientar a la sociedad. Llegamos a ser unos supertécnicos extremadamente hábiles, pero hemos perdido la sabiduría y la perspectiva para elaborar orientaciones para el desarrollo global. Estamos trabajando en las profundidades de nuestro pozo buscando las propiedades fundamentales de la naturaleza, pero habitualmente somos incapaces de apreciar los hechos de la vida cotidiana de los ciudadanos.”<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> Ibidem, página 78 (traducción propia)

Frank H. T. Rodes (primer presidente de la Universidad de Cornell) ha expresado esta situación con palabras elocuentes: “Las ciencias se han vuelto extremadamente eficaces, pero cada vez más ininteligibles para los no científicos. Las ciencias sociales, extasiadas por el microanálisis y la cuantificación, se han vuelto progresivamente más irrelevantes para los problemas sociales y la política pública. Las humanidades, abrazando la fragmentación, la enajenación y la entelequia han descuidado los problemas mayores y más relevantes del conjunto de la humanidad” (La creación del futuro. El papel de la Universidad americana, Cornell University Press, 2001)<sup>21</sup>.

Por tanto, hemos de seguir asumiendo nuestras obligaciones investigadoras básicas, indagando tanto como sea posible en los fundamentos de la naturaleza y de nuestra propia existencia. Pero, además de un conocimiento científico especializado detallado, tenemos que aprender a actuar a nivel social y global. Cada académico, cada científico debe desarrollar por sí mismo de forma simultánea habilidades en ambos niveles, el de la investigación básica y el de la sociedad y el ámbito global. El énfasis puede variar de una persona a otra. Pero tan solo ese doble nivel mental, que implica sin duda un talante ético, nos puede conducir a algo fructífero. No basta con combinar investigación y docencia, sino que éstas

---

<sup>21</sup> Tomado de ibidem, página 78 (traducción propia)

deben estar abiertas a la sociedad. Y eso implica no sólo abordar problemas relevantes para la sociedad y tener capacidad de irradiar conocimientos en nuestro entorno, sino establecer cauces de comunicación mutua, donde reine la confianza y la credibilidad, que hagan a la universidad más permeable a las preocupaciones y opiniones de dicho entorno.

A veces, bajo esta idea de una mayor presencia social de la universidad late un reforzamiento de la superioridad académica y de la acción beneficiosa de la ciencia, que es justamente lo contrario de lo que se busca y lo que el mundo académico necesita. Con ello se alimenta la concepción científicista, ya criticada, o lo que es lo mismo la creencia en la superioridad del conocimiento racional o científico. Esta racionalidad científica se transforma así, paradójicamente, en dogma irracional. Al aislarse del magma del conocimiento general del hombre del que forma parte, se cree cada vez más libre de cualquier límite y componente irracional e infiere que “lo que ocurre en el mundo no sólo está gobernado por leyes científicas sino que además es beneficioso y progresivo en sus resultados”<sup>22</sup>.

Ya Bertrand Russell advertía que es lógico que exista una cierta incompreensión de los avances científicos, pues, además de que el lenguaje

---

<sup>22</sup> A. W. Gouldner, *Los dos marxismos*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, página 128

especializado no es asequible para los no especialistas, “la actividad científica es en cierto modo no natural en el hombre”<sup>23</sup>. Pero eso no significa que la ciencia pueda y deba aislarse. El grave peligro de la ciencia moderna es que deje de alimentarse de las inquietudes y problemas generales de los hombres, en definitiva del amor al mundo y la búsqueda de la verdad, y se instale en sus propias conquistas técnicas. Este temor lo expresa Russel al afirmar que “la ciencia en sus comienzos fue debida a hombres que tenían amor al mundo”, pero cada vez más se está haciendo incompatible con la veracidad, pues “tan pronto como se considera el fracaso de la ciencia considerada como metafísica, el poder que la ciencia confiere como técnica se obtiene merced a algo análogo a la adoración de Satanás, o sea por renuncia al amor(...), la sociedad científica, en su forma pura, es incompatible con la persecución de la verdad, con el amor, con el arte, con el deleite espontáneo”<sup>24</sup>. La aparente modestia del hombre de ciencia moderno respecto a su propio conocimiento encubre su falta de sentido crítico o lo que es equivalente una visión apologética del orden establecido.

---

<sup>23</sup> B. Russel, *La perspectiva científica*, Ariel, Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1974, página 14.

<sup>24</sup> *Ibidem*, págs 215 a 217. esta misma inquietud inspira a Ortega y Gasset al señalar que “la técnica es consustancialmente ciencia, y la ciencia no existe si no se interesa en su pureza y por ella misma, y no puede interesar si las gentes no continúan entusiasmadas con los principios generales de la cultura. Si se embota este fervor –como parece ocurrir la técnica sólo puede pervivir un rato, el que dure la inercia del impulso cultural que la creó” (J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985, página 102).

Un verdadero diálogo requiere situarse en un mismo nivel de interlocución. A pesar de la creciente complejidad de la ciencia moderna, sigue siendo cierto que sólo el que puede expresarse en términos simples ha entendido verdaderamente una materia, y que compartir las preocupaciones y experiencias de la gente común es el único modo de acrecentar la relevancia de la investigación y la calidad de la educación de las universidades. La influencia social de los científicos y educadores se ha basado siempre no sólo en su conocimiento sino en su sabiduría y autoridad moral. Y eso sigue siendo válido actualmente, pues conviene recordar que un maestro, que sirve como modelo convincente y positivo, es bajo cualquier punto de vista el mejor educador. Por tanto, convirtámonos, más allá de nuestras responsabilidades profesionales de investigación, en ayudadores y guías de la sociedad, recordando siempre que “Science sans conscience n’est que ruine l’âme”<sup>25</sup> (François Rabelais, 1494-1553).

Estos son algunos de los retos de la colaboración entre nuestras universidades en los que ya estaba comprometido y que se refuerzan con actos como éste. Mi nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Baja California, que tanto me honra, redobla ese compromiso, que asumo muy gustoso. Creo, como he tratado poner de manifiesto en esta reflexión que he compartido con ustedes, que tenemos

---

<sup>25</sup> “La ciencia sin conciencia no es sino la ruina del alma”

una importante responsabilidad en establecer puentes entre el mundo cultural y científico de nuestros respectivos continentes y muy especialmente en el ámbito de la economía. En ese intercambio estoy convencido de que ambos salimos beneficiados, pero muy especialmente los que vivimos en el mundo más anquilosado y autosatisfecho de la Europa occidental. Gracias, creo que, como en las historias de los huicholes, el mundo vuelve a crearse con cada ceremonia y que cada vez que rememore este acto volveré a sentir el afecto y la fuerza que ustedes me han transmitido.